

JUAN JOSÉ ARREOLA (1918-2001):  
LA MAGIA HA MUERTO UN POCO

POR

IGNACIO M. SÁNCHEZ-PRADO  
*University of Pittsburgh*

*Una última confesión melancólica. No he podido ejercer la literatura.*

Pero he dedicado todas las horas posibles para amarla  
Juan José Arreola

El 5 de diciembre de 2001, Juan José Arreola, el último juglar a decir de muchos de sus seguidores, ingresó definitivamente a los terrenos de la historia. Nacido en Ciudad Guzmán, Jalisco, Arreola fue quizá uno de los últimos maestros en toda la extensión de la palabra, un hombre con un compromiso vital con la literatura más allá de la mezquindad del mercado y las mediocridades de las burocracias. Una lectura de cualquiera de sus cuentos hace ver a uno de esos raros hombres para los cuales la escritura no es motivo de agendas ni manifiestos, sino un acto personal, apasionado, en el cual se es capaz de verter en el texto todo un mar de conocimiento y alquimia. Sea la historia del bachiller que buscaba la historia del himen en México, el comercial de un producto que convierte la actividad natural de un niño en energía aprovechable o, por supuesto, el genial guardagujas que desconcierta a un viajero llamado X, el lector encuentra en sus textos una fuente inagotable de extrañamientos, hechizos y placeres. Arreola es como uno de los trovadores de épocas míticas, cuyo uso de la palabra tenía algo de magia, algo de juego, algo de seducción. Arreola fue un autodidacta con un proceso de formación que le permitió la construcción de mundos fuera del cotidiano literario, aportando un poco de magia a un mundo quizá excesivamente moderno.

Evaluar el legado de Arreola en la literatura mexicana es sumamente complejo. Evidentemente, Arreola cuenta con una obra que por sí misma basta para asegurarle un lugar en la atención de los lectores. Arreola es parte de una estirpe de escritores breves, un poco fuera del *mainstream* literario, estirpe que incluye a Julio Torri, Francisco Tario y ese magnífico heredero suyo, Guillermo Samperio. Todos estos escritores ocupan un lugar excepcional en la literatura, el lugar de los inclasificables. Arreola es un autor que no cabe en taxonomías ni en reivindicaciones políticas a la usanza actual. Su importancia es distinta. Arreola es a México lo que María Luisa Bombal a Chile, un escritor que rompe la lógica de sus coetáneos pero que, a la vez, ocupa un lugar tan central que es referencia imprescindible para todos sus sucesores. Arreola es el autor que en medio del mareo de

la Revolución Mexicana y de los movimientos sociales, se dio tiempo de escribir esa otra literatura fundamental, aquella que explota las posibilidades de la imaginación y que resiste el *statu quo* no a través del sacrificio de la creatividad por el panfleto sino por la irrenunciable voluntad del compromiso literario. Por ello, cuando leemos *Confabulario*, *Palíndroma* o *La feria* no somos moralizados ni politizados, pero sí somos parte de una revuelta silenciosa contra la falta de imaginación y creatividad que la jerga política llama alienación.

La labor de Arreola, sin embargo, fue mucho más allá de la escritura. En los años cuarenta y cincuenta trabajó en varias revistas, entre ellas la mítica *Pan*. Los lectores de literatura mexicana recordarán siempre que la labor de Arreola en esa efímera publicación fue clave para la carrera de Juan Rulfo. La labor de Arreola como editor no sólo se limitó a lanzar a Rulfo al mundo, sino que también fue el principal responsable de la publicación de las primeras obras de autores de la talla de José Emilio Pacheco o Sergio Pitlor. Asimismo, Arreola fue autor de una serie de antologías de literatura para públicos no especializados, entre las que se destaca una de textos para leer en voz alta, lo que demuestra que Arreola creía firmemente en esa dimensión pública, colectiva de la literatura más allá de intelectualismos pretendidos. Además, su actitud alejada del esnobismo tan característico de los escritores y seudoescritores mexicanos le permitió no tener empacho en aparecer en la televisión en una variedad de funciones que iban desde guía turístico por las tierras cervantinas hasta comentarista de fútbol, demostrando como pocos que la inteligencia no está divorciada ni del autoseno del humor ni de la participación en instancias de comunicación fuera del libro. Ahora quizá estamos demasiado lejos de volver a tener en México un hombre cuyo genio, generosidad y sentido del humor vuelvan a conjugarse en la labor literaria.

El 5 de diciembre de 2001 murió Juan José Arreola, quizá uno de los últimos *Homo ludens* en la literatura mexicana. Ahora sólo nos queda hacer el único homenaje posible, la lectura. Un homenaje silencioso que, aun cuando la magia haya muerto un poco, permitirá mantener viva la sabiduría de uno de los últimos alquimistas de la literatura, de la palabra, del mundo.